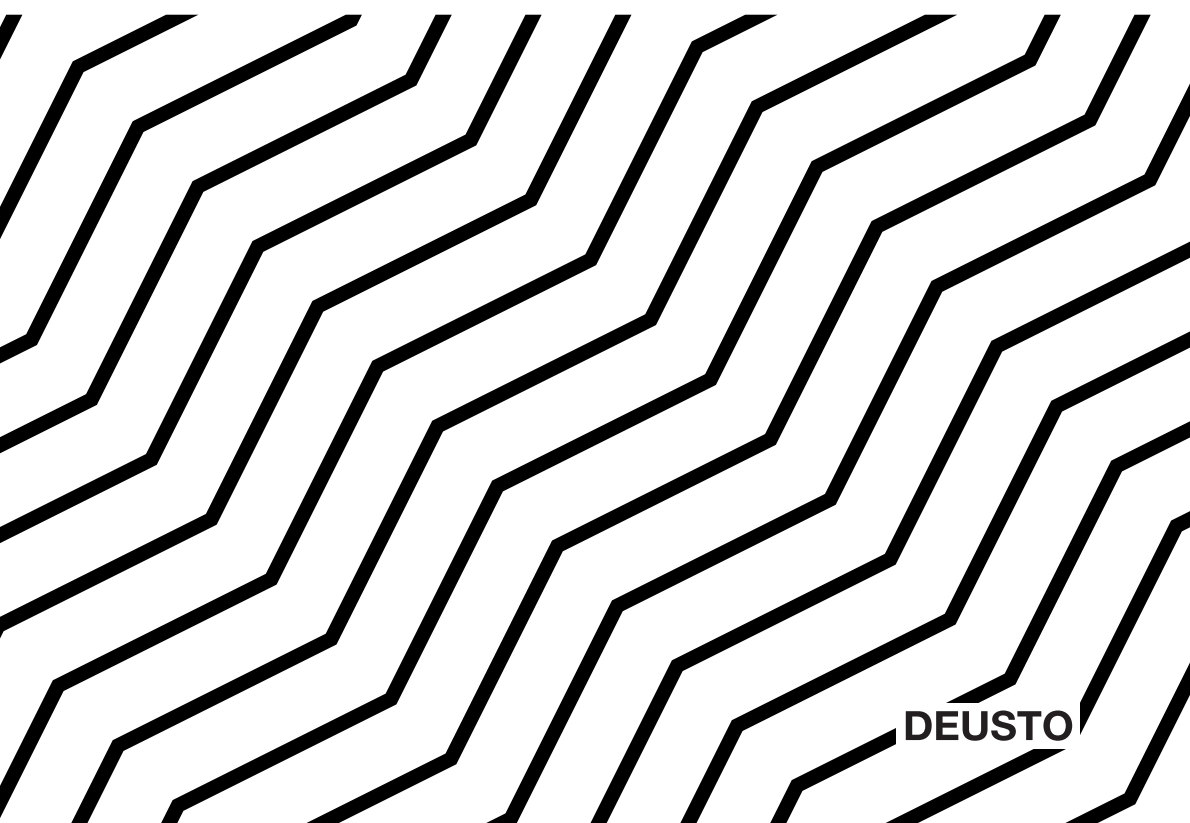


JOT DOWN

HISTORIAS NAZIS



DEUSTO

Historias nazis

Los mejores artículos
de *Jot Down* sobre
el nazismo, el Holocausto
y el Tercer Reich

JOT DOWN



EDICIONES DEUSTO

*Historias nazis. Los mejores artículos de Jot Down
sobre el nazismo, el Holocausto y el Tercer Reich*

Edición: Wabi Sabi Investments, S.C
Responsable de la colección: Loreto Gómez Fuentes
Coordinación: Rubén Díaz Caviedes
Corrección: Olga Sobrido
Maquetación: Jot Down
Diseño de portada: Sylvia Sans Bassat
Impresión: EGEDSA

Impreso en España - *Printed in Spain*

Primera edición: septiembre, 2021
ISBN: 978-84-234-3284-4
Depósito legal: B. 13.036-2021

© Jot Down Books, 2021
© Centro de Libros PAF, SLU., 2021

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAF, SLU.
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

- 007 El poder destructivo de la mentira (prólogo, por Enric González)
- 013 Pequeñas historias de un mundo que se ha vuelto estrecho (por Andrea Calamari)
- 025 Ver la historia desde el palco (por Rebeca García Nieto)
- 033 La noche de los cuchillos largos (por E. J. Rodríguez)
- 047 *Lingua Tertii Imperii* (por Teresa Galarza Ballester)
- 053 El regalo de Hitler (por José Ramón Alonso)
- 063 Jesse Owens pasaba por allí (por Nacho Carretero)
- 071 *Underground* o lo que la palabra esconde (por Yolanda Morató)
- 079 Nazis contra el arte degenerado (por Diego Cuevas)
- 089 El superhombre de Nietzsche no portaba esvásticas (por Guillermo Ortiz)
- 097 Billete de ida y vuelta en el «convoy de los 927» (por Álvaro Corazón Rural)
- 105 Christine diseña su muerte (por Bárbara Ayuso)
- 113 Un orgasmo (fingido), una chica de Gaza y misiles en Cuba (por Clara Grima)
- 121 ¿Qué cosas? Cosas nazis (por Diego Cuevas)
- 135 Pickelhaube, *mon amour* (por Fernando Olalquiaga)
- 141 Testigos del exterminio. Cuando escribir es un acto de guerra (por Francisco Carrillo)

- 157 Mil años de oscuridad (por Grace Morales)
- 165 Ciano devorado por los lobos (por Manuel Jabois)
- 175 Las inquietantes investigaciones del Dr. Hallervorden (por Javier S. Burgos)
- 183 Sujétame el cubata. El mito de la máquina militar nazi (por Alejandro García)
- 193 *C'est toute ma vie* (por Lara Hermoso)
- 197 *Jazz* y nazismo en el París ocupado (por Manuel Recio)
- 207 El terror de Occidente (por Rocío Pérez Benavente)
- 217 Cuando la memoria es más potente que el gas de las cámaras (por Carlos Mayoral)
- 223 El Holocausto nazi fue un éxito (por Nacho Carretero)
- 237 *Der Chef ist tot*. Sí, pero ¿dónde? (por Laura Mínguez Valdés)
- 249 Ahorcando nazis (por Álvaro Corazón Rural)
- 259 Domingo en el campo (por Bibiana Candia)

Pequeñas historias de un mundo que se ha vuelto estrecho

Andrea Calamari

Cómo ocultar la nariz de Leonard para atravesar Alemania, es lo que se pregunta Virginia Woolf en esos días de 1935 mientras planifican un viaje en auto antes de que sea imposible hacerlo porque —los dos lo saben— Europa se está incendiando silenciosamente con «ese perro loco» que vocifera por la radio. Para ella la política, la vida doméstica y hasta el mundo real nunca fueron otra cosa que obstáculos que se interponen en su única obsesión: escribir. Y resulta que ahora hace meses que no puede concentrarse en la escritura por culpa de «ese ridículo hombrecito» y en las noches sueña con gases y estatuas del Führer sobre Londres.

El caso es que la nariz no judía de Virginia es tan larga como la nariz judía de Leonard —hasta muchos creían que eran hermanos y no esposos— y cruzar el país intentando ocultarlas

no será fácil. Avanzan con las recomendaciones diplomáticas de evitar las aglomeraciones nazis con banderas y brazos en alto, a cada lado del camino ven carteles enormes: «El judío es nuestro enemigo». No son bienvenidos, avanzan muy lentamente, los detienen a cada paso y los interrogan, pero por suerte llevan a Mitzi, la monita tití que tienen desde hace un tiempo y viaja con ellos. Los oficiales nazis no conciben que «una cosita tan adorable» vaya sobre el hombro de un judío, así que gritan «¡Heil, Hitler!» y los dejan pasar.

Los años siguientes fueron imposibles para escribir ficción. Cómo aborrecía a ese hombre que está ahí «masticándose su bigotito», cómo odió casarse con un judío, deseaba seguir siendo esa escritora *outsider* que se olvida de todo mientras trabaja. Está terminando 1938, al otro lado del canal los nazis cazan judíos, todos tienen sus máscaras antigás, los refugios están preparados y los que han podido ya abandonaron Londres. Hay un aire de angustia alrededor y aunque Virginia y Leonard piensan a diario en la muerte deciden no hablar de eso. Entonces una tarde como las otras encuentran muerta a Mitzi y la entierran en el jardín, bajo la nieve, sin decirse ni una palabra.

«¡Ay! —dijo el ratón—. El mundo se hace cada día más estrecho». Así empieza *Una pequeña fábula*, de Franz Kafka, un relato tan corto que termina dos frases después cuando al ratón, frente a una trampa, se lo come el gato.

El mundo se estrechó tanto alrededor de Petter Moen, militante de la Resistencia noruega, que se redujo a una habitación sin ventanas de un cuartel de la Gestapo del que sale media hora por día para ver un rectángulo de cielo y al que vuelve para encontrarse siempre con su cuerpo. El papel higiénico que

le dan lo va guardando porque ha conseguido un clavo que convirtió en objeto de escritura: esculpe letras en tiras de 16 por 19 centímetros. Cada letra le demanda unas veinte marcas que no alcanzan a agujerear el papel. Escribe todos los días hasta que reúne cinco fragmentos, los enumera, los envuelve como si fuera un caramelo y arroja el paquete por una rejilla de ventilación sin saber dónde va a parar.

El ratón de Kafka tenía razón: cuando el predador está por ponernos sus garras encima, el mundo se vuelve mínimo y las palabras para nombrarlo también: «Me han interrogado dos veces. Latigazos. Delaté a Vic. Soy débil. Merezco desprecio. Me aterroriza el dolor. Pero no tengo miedo a morir».

Cuando Moen ya estaba muerto y parecía que el mundo podía volver a ensancharse de a poco, alguien alertó que en algún lugar de Oslo había unos rollitos de papel que deberían ser buscados. Ese alguien era un sobreviviente, el único que sabía del diario imposible de Petter Moen, que ayudó a encontrarlo entre la nieve, reconstruirlo y publicarlo con forma de libro unos años después.

«Vigilad a Bruno», había dicho la escritora Zofia Nałkowska. Es que Bruno Schulz tiene esa pinta de artista que lo hace parecer el eslabón más débil de una cadena, por su lado algo se puede cortar.

Bruno era pintor y era escritor, se pasaba las horas buscando un modo de decir que fuese único, esa perla negra que el lenguaje oculta y aparece de repente en una frase. Por eso Zofia creía que había que salvarlo, porque lo veía frágil, y se convirtió en su protectora como si él mismo fuese una obra delicada detrás de un cartel: CUIDADO, NO ACERCARSE, NO TOCAR. Cuando los nazis invadieron la ciudad polaca donde

vivía no prestaron atención a la advertencia e hicieron con él lo que hacían con todos los judíos: robar, desalojar, esclavizar. Los altos mandos eligieron a los más aptos para llevarse a sus casas como esclavos domésticos.

Hay dos que se odian: uno se llama Felix Landau y el otro Karl Günther, uno de las SS, otro de la Gestapo. Günther quiere vengarse de Landau y sabe que lo que más le va a doler será desprenderse de ese judío doméstico que se consiguió para catalogar libros, pintar murales y hacerle retratos a la familia. Un día de noviembre de 1942, en una esquina cualquiera, el arma de Günther por fin se encuentra con el esclavo judío de su enemigo que había ido a buscar su ración diaria de pan y, de tan liviano, no hace ni ruido al caer. Como quiere que el otro lo sepa, Günther busca a Landau:

—He matado a tu judío.

—Si ha sido así, yo voy a matar al tuyo.

No sabemos el nombre del judío que Landau irá a buscar esa noche, sí del que Günther mató más temprano: se llamaba Bruno Schulz y había pasado los últimos meses escondiendo unos manuscritos con las palabras que quería salvar. Después de la guerra todos se olvidaron de lo que hacía Bruno cuando escribía, pero con el tiempo fueron recordando que había un artista frágil que aprovechaba los momentos de distracción de su «protector» nazi para seguir escribiendo una historia que se llama *El mesías*, que todos están esperando y hasta hoy nadie pudo encontrar.

«Yo no tengo recuerdos de mi infancia», escribe Georges Perec en el comienzo de un libro. Cuando era un niño no sabía que su apellido no era Perec sino Peretz, que en su familia no eran bretones sino judíos polacos, que el bautismo era una fachada,

que los padres en realidad eran los tíos, que el papá yacía muerto en algún lugar de Francia con su uniforme militar, que la mamá estaba tirada en una fosa común en Auschwitz, que sus abuelos compartían igual destino, que las mudanzas y cambios de escuela eran escapes para sobrevivir. Por todo eso que el niño no sabía es que el adulto Georges no encuentra recuerdos: porque había pasado su infancia siguiendo un juego que consistía en olvidar quién era por si se cruzaba con algún oficial de las SS. Él no sabía que lo estaba jugando, así que los recuerdos efectivamente se esfumaron y ahora no aparecen.

Cuando está por cumplir cuarenta y ha publicado varios libros en los que juega consigo mismo y con el lenguaje, Georges Perec desempolva un cuento que escribió a los doce y lo mezcla con unos recuerdos que se va inventando, entonces aparecen unas islas con deportados en el extremo de la Patagonia y una calle en París con un convoy de la Cruz Roja que se lo lleva lejos de su madre, unas fortalezas oscuras donde el narrador va encontrando anteojos y anillos, una tarde con las tías y los soldados de la Resistencia, unas leyes que cambian arbitrariamente, niños aislados, jabones de mala calidad y pilas de ropa abandonada por sus dueños que nadie sabe dónde están. A veces el mal llega de manera brutal y otras lo hace en pequeñas proporciones y de manera oblicua, también la memoria puede armarse así, con la escritura de un libro que se llama *W o el recuerdo de la infancia*.

Curzio Malaparte no se llamaba así. Había nacido Kurt Erich Suckert, vivió la primera mitad del siglo xx —excesiva, desproporcionada— y se sirvió de ella en todo lo que pudo. Tenía delirios de grandeza y de ahí el apellido inspirado en Napoleón, pero él no sería *Bona* sino *Mala*, el que viene de

un mal lugar. Combatió en la Gran Guerra para Francia, marchó con el Duce sobre Roma, fundó un diario para honrarlo y terminó atacando a su socio alemán, fue fascista y antifascista, laico y después católico, anarquista, anticlerical, comunista y anticomunista. Malaparte estuvo en tantos lados que sus conocidos decían que con los años se había vuelto «ideológicamente inutilizable» (deberían haber sabido que era él quien sacaba provecho de todos). Se inventó contrincantes de la talla de Hitler, Trotski y Mussolini. Escribió textos inclasificables que eran mentira y eran verdad, decía que el mismísimo Führer lo había mandado encerrar y que lo peor de la guerra no era la muerte sino en lo que convertía a los vivos. Observaba, inventaba y omitía, iba armando su personaje, militaba todas las causas y también las contrarias. Le dijeron narciso, mitómano, codicioso, calculador, arribista, histriónico, bufón, megalómano, exhibicionista, conspirador, camaleón, maquiavélico. Malaparte recorre Europa con los nazis mientras se hospeda en hoteles y en palacios, se codea con duques y embajadores y ameniza las cenas con anécdotas. Les cuenta que vio a unos alemanes que tomaban los cadáveres congelados de los soldados soviéticos y los ponían de pie para usarlos como señales de tránsito, que conoció a un oficial de las SS que en las calles de Varsovia practicaba puntería con los niños que buscaban comida y que atravesó un bosque de árboles suplicantes con judíos enclavados que rogaban por un balazo. Malaparte escribió así cuando todo eso estaba pasando porque, como él decía siempre, lo peor de la guerra ni siquiera son los muertos sino los otros.

A Adolf Hitler le gustaba escucharse a sí mismo y el sonido de sus propias palabras lo exaltaba. Pero no era suficiente para él,

por eso aprovechó una cómoda estadía en la cárcel para poner su vida, su proyecto y sus ideas por escrito. Y de ahí salió el *Mein Kampf*, el *best seller* que marcó a fuego al siglo xx, un mamotreto de setecientas páginas y en dos volúmenes que se publicaron en 1925 y 1926.

Después de la Primera Guerra, Alemania se convirtió en un lugar difícil para vivir, Hitler aprovechó la crisis y el resto hizo lo que pudo.

Carl Meffert es parte del resto. No tiene madre, sí un padre que admira al káiser y él los odia a los dos. Vive en cualquier lado, hace política, se opone, lucha, dibuja en una revista de humor político, lo persiguen, va a la cárcel, lo liberan y lo vuelven a perseguir. Entonces se va a Suiza, se consigue un pasaporte falso y para cuando llega a Argentina de su pasado solo quedan sus iniciales: ahora es Clément Moreau. El año es 1935 y va a tener cierto renombre por haber sido el que convirtió en viñetas el *Mein Kampf*, pero aún falta un tiempo para eso.

Mientras tanto, en Alemania, el libro que nació en la cárcel está haciendo millonario a su autor. Al principio lo tituló *Una lucha de cuatro años y medio contra las mentiras, la estupidez y la cobardía: liquidando cuentas con los destructores de El Movimiento Nacionalsocialista* aunque después optó por un efectivo *Mi lucha (Mein Kampf)*. Los dos tomos se convirtieron en uno y sacaron una «edición popular» con un precio que bajaba de 24 a 8 marcos para que cada alemán tuviera su ejemplar. Era obligatorio leerlo en las escuelas y en las bibliotecas, cada casa debía tener el suyo. El régimen avanzaba, Hitler se inflaba y las ventas subían.

No sabemos si en 1940 Clément Moreau trabajó con un ejemplar en alemán o con una traducción al español, lo que sí sabemos es que tomó más de sesenta sentencias del Führer y las estampó contra la potencia de sus dibujos convirtiéndolas en

otra cosa. Porque cuando a un tirano le bajan el volumen, sus palabras se vuelven caricatura.

Las viñetas salieron en publicaciones argentinas y va a pasar mucho tiempo hasta que puedan verlas en Alemania porque Hitler hundió a su país en la vergüenza, la culpa y el silencio. En esa tierra de poetas y filósofos ningún otro libro vendió tanto ni hizo tan rico a un escritor como *Mein Kampf*. Ni en esa tierra ni en ninguna otra se volvió a editar por setenta años. En esa tierra hay más de doce millones de libros —escondidos, quemados, guardados— con ese nombre en la portada y con esa cara que un alemán desconocido, desde el otro extremo del mundo, había convertido ya en una caricatura.

Kurt Vonnegut no era escritor, era soldado.

El escritor en el que se va a convertir tendrá una pobre opinión del género humano. Ignoramos cuál era la del soldado de 17 años que fue enviado a suplantar a los muertos en la batalla de las Ardenas, que después quedó aislado y deambuló solo por la nieve hasta que los alemanes lo capturaron. Acaso la prisión haya sido un alivio, también la llegada a Dresde, una de las ciudades más lindas de Alemania, con iglesias y catedrales, con palacios, museos y terrazas. El problema con Dresde es que fue elegida por los aliados como centro del bombardeo aleccionador en febrero de 1945, dos meses después de la llegada del soldado norteamericano que se llamaba Vonnegut. Mientras caían las bombas se escondió en un sótano que había sido un matadero; dos días y cuatro mil toneladas de explosivos después salió a la superficie para descubrir que no estaba muerto, que el suelo quemaba como lo haría un volcán, que las llamas se habían llevado el oxígeno y que la ciudad ya no existía. Dres-

de fue una ciudad barroca que cayó de manera barroca y él estaba ahí para verlo.

Cuando el soldado volvió a casa pensó en escribir y creyó que iba a ser fácil hacer un libro sobre eso. Bastaría contar lo que había visto. Después se dio cuenta de algo: que no había nada inteligente para decir sobre una matanza y él quería ser un escritor inteligente. Entonces le salió *Matadero cinco*, una ficción con viajes en el tiempo y unos habitantes que perciben el mundo de una manera diferente porque saben que todo lo que ocurre ha sucedido siempre y siempre sucederá. Pero no lo escribió de un tirón. Quince años le tomó hacer literatura con lo que había vivido en Dresde al soldado Kurt Vonnegut que, mientras tanto, ya se había convertido en un escritor.

Lo que no se va es el olor a mierda. Cuando la guerra terminó y Robert volvió a casa, aunque los días pasaran, su esposa Marguerite no alcanzaba a reconocer a su marido en ese cuerpo imposible: «Durante diecisiete días el aspecto de esa mierda ha seguido siendo el mismo. Diecisiete días sin que esa mierda se parezca a nada conocido».

Se habían casado en París en septiembre de 1939, cuando empezaba la guerra, se habían unido a la Resistencia porque otra cosa no se podía hacer; después él fue traicionado, capturado y llevado a un campo de concentración en Alemania. Ahora que Robert está en casa parece que eso —lo de la desaparición de él y la desesperación de ella— fue hace mucho tiempo pero fue hace apenas unos meses. Con la liberación de los *lager*, los franceses fueron a buscar a los suyos, lo encontraron vivo y lo cargaron para la vuelta: ese hombre enfermo y esquelético no paraba de hablar con el único hilo de voz que le quedaba. Y acá está, vaciando sus entrañas siete veces por día con ese color verde y el

olor que la esposa no puede soportar: «¿Cómo saber lo que de desconocido, lo que de dolor contenía aún aquel vientre?».

La que escribe es Marguerite Duras. En ese entonces lo hacía en un diario, unos cuadernos que se convertirán en libro —*El dolor*— cuarenta años después.

El del olor a mierda es Robert Antelme, también escritor, y nunca le perdonará a ella la traición de exponer aquellas vísceras suyas en un libro extemporáneo, pero el rencor vendrá más tarde. Ahora siente la urgencia de recomponer el cuerpo para escribir lo que vivió, lo que no se puede quitar de la cabeza y que empezó a contar a los que lo rescataron de ese camastro miserable. Les hablaba del frío, de los golpes, de los piojos y de esos hombres reducidos a «comedores de peladuras». Les hablaba porque no podía hacer otra cosa. Por eso cuando Robert Antelme se levante de la cama lo primero que hará será escribir un libro de superviviente —*La especie humana*— y como nadie lo quiere publicar armará una editorial y lo hará él mismo. Sin embargo, nadie querrá leerlo.

Escribe sin que nadie se lo pida. No espera piedad, ya fue condenado. Rudolf Höss está en su celda y aprovecha el tiempo hasta la horca para dejar constancia de su vida en un libro que será un monumento histórico: *Yo, Comandante de Auschwitz*. ¿Cuál es el impulso que lo lleva a escribir? Parece que quiere dejar constancia porque la autobiografía, el más narcisista de los géneros, se vuelve impersonal con Höss, asesino de millones. Vuelca su vida a las páginas como si fuera un notario y va delineando así un acta milimétrica del exterminio porque la máquina de matar que inventó el nazismo fue tan rigurosa que contemplaba también su registro. Él le está dando la forma definitiva en su calabozo, sin ceremonia y con desapego.

«Que fuera necesario o no ese exterminio en masa de los judíos, a mí no me correspondía ponerlo en tela de juicio, quedaba fuera de mis atribuciones».

El tribunal que lo condenó a muerte era polaco, la celda en la que lo encerraron estaba en Cracovia y la horca en la que lo colgaron estaba en Auschwitz, cerca del crematorio que había vigilado cada día y de la casa donde había vivido con su mujer y sus hijos. Se acercó al cadalso despacio y sin decir una sola palabra porque ya había explicado todo en su libro. Dicen que disfrutó escribiéndolo. Describió una máquina de eficiencia: el trabajo esclavo, los fusilamientos, el tiro en la nuca, la inyección letal, la cámara de gas. Habla de los árboles en flor y de la necesidad de mostrarse indiferente ante el llanto de las madres o el trabajo con los cadáveres, dice que no era fácil ver cómo les cortaban el pelo y arrancaban los dientes de oro, que había mucho trabajo por hacer y que casi no disponía de tiempo libre. «En Auschwitz no había tiempo para aburrirse».

Natalia Ginzburg dice que después de la guerra el mundo se volvió enorme, ignoto y sin confines. Trabaja en una editorial que fundó Giulio Einaudi con Leone Ginzburg (que había sido su marido pero ya no está) y en la que Cesare Pavese tiene la última voz sobre lo que se publica o no. Tras el silencio que duró años están recibiendo cientos de propuestas y manuscritos, ante todos Pavese responde «me importa un bledo» mientras sigue en su despacho. Está leyendo la *Iliada* en su idioma original.

Ginzburg, Pavese y la editorial estaban en Turín, la misma ciudad en la que había vivido el químico Primo Levi antes de ser llevado a Auschwitz y adonde había vuelto un día de octubre de 1945. Volvió despacio y como pudo a la misma casa, empezó a contarle todo a su familia y con el paso del tiempo salió a la calle,

entonces se subía a un tren cualquiera y buscaba desconocidos para vomitarles encima lo que había vivido. Podemos imaginar las caras de esos oyentes involuntarios, podemos ver la incredulidad y el rechazo, podemos estar seguros de que en esos días él estaba escribiendo en su cabeza *Si esto es un hombre*.

En 1947 salieron en Italia dos primeros libros de dos autores jóvenes. Uno fue un éxito, el otro no. Uno lo publicó la editorial Einaudi, la de Pavese, al otro lo rechazó. Uno era de Italo Calvino y el otro de Primo Levi, que hasta entonces había sido químico y ahora se convertía en escritor.

La guerra se había tragado casi todo y *La red de los nidos de araña*, el libro de Calvino, permitía soñar con la reconstrucción porque los lectores podían y querían identificarse con los partisanos de esa historia. ¿Qué lector quería enfrentarse a la condición humana que mostraba *Si esto es un hombre*? Por eso el libro de Levi, ese que se fue armando en los trenes de Turín, casi no tuvo editorial, casi no tuvo lectores en ese momento y casi no tuvo la oportunidad de convertirse en lo que es ahora. Porque después de Auschwitz, contra lo que que predijo Adorno, sí se pudo hacer literatura y sí se pudo leer.

Considerad si es un hombre
 Quien trabaja en el fango
 Quien no conoce la paz
 Quien lucha por la mitad de un panecillo
 Quien muere por un sí o un no.
 Considerad si es una mujer
 Quien no tiene cabellos ni nombre
 Ni fuerzas para recordarlo
 Vacía la mirada y frío el regazo
 Como una rama invernal.
 Pensad que esto ha sucedido:
 Os encomiendo estas palabras